



“Es la economía, estúpido”

Política Internacional, 14/09/2012

Decía Victor Hugo que la economía era la geología de la política y los economistas sus geólogos. Tal vez fue esa misma esencialidad que señalaba el romántico escritor la que impulsó a su vez a James Carville, asesor de Bill Clinton durante la campaña electoral de 1992, a pronunciar la ya famosa frase “The economy, stupid” (“es la economía, estúpido”), un *leitmotiv* que logró revertir las tendencias de las encuestas que daban ganador a George Bush padre y truncar su casi segura reelección, al lograr que la atención de los americanos se enfocara no en los triunfos cosechados por el presidente republicano en el área internacional sino en los problemas cotidianos de la gente, a los que continuamente aludía Clinton. Regreso de mis vacaciones menos descansado de lo que hubiera deseado, porque los problemas del país no te dan tregua y te alcanzan allí donde quiera que estés (¿quién pudo desentenderse en estos días de asueto de lo sucedido con los presos de Yare, de la caída del puente de Cúpira o de los muertos por el incendio de la refinería de Amuay?), y cierto colega me recibe con la ya citada sentencia de Carville, cuando le digo que el país ya no aguanta más, que es necesario un viraje, que, como escribía recientemente Juan Carlos Sosa Azpúrua, resumiendo el sentir de muchos de nosotros, recorrer Venezuela se ha vuelto algo aterrador; que las carreteras están destruidas, que existen innumerables puentes derribados y no hay luz en las vías; que lo que tiene que ver con la infraestructura, la seguridad y hasta con la estética ha dejado de existir. Pero mi amigo no oye razones, como las esgrimidas, y se aferra a la consabida frase para darme a entender que no entiendo nada de lo que se está haciendo. “Es la economía, estúpido”, me espeta una vez más. No dudo que por momentos algunos como yo podamos pecar de ingenuos y alguien tenga que llamarnos a capítulo en cualquier momento, sin embargo no logro entender qué tan bien puede marchar la economía para que mi interlocutor se encuentre tan optimista. Si hacemos caso a economistas de indiscutible solvencia, como José Guerra, la deuda pública nacional se sitúa actualmente en la bicoca de 216.053 millones de dólares, equivalente al 71% del PIB, donde 114.878 millones corresponden a la deuda externa del Gobierno central, PDVSA y el Fondo Chino y el resto pertenece a la deuda interna; todo ello en el marco de un aumento sin precedentes de los precios del petróleo y de los ingresos por ese concepto. A esto habría que agregar que la deuda total para 1999 era apenas de 31.500 millones de dólares, lo que representaba el 32 % del PIB; que ha habido desde entonces una inflación sostenida que ha variado entre el 25 y el 30% anual, y una devaluación de la moneda en estos catorce años de gobierno por la que el bolívar ha perdido al menos nueve veces el valor que tenía para 1999. Y, por favor, no me vengan con los logros alcanzados en el tan llevado y traído coeficiente de Gini (también Cuba o Etiopía poseen un buen índice Gini), pues si es verdad que las diferencias sociales se han reducido, todos sabemos que aún así en términos generales no estamos mejor que antes, que muchas misiones se han abandonado y que los métodos para hacer diferentes mediciones, como la relacionadas con la pobreza o la salud, se han cambiado a conveniencia del gobierno. En fin, tal vez algunos de nosotros no seamos capaces de percibir los buenos resultados de la política económica llevada a cabo por el gobierno durante todos estos años y mi amigo tenga razón, pero, a decir verdad, también cabe la posibilidad de que los estúpidos sean otros.